

AFGANISTÁN II

EL ISLAM Y LA LIBERACIÓN NACIONAL

Alessandro Mantovani 05-09-2021

"...El Islam considera la religión como una forma de vida, un conjunto de comportamientos, una ley, un ideal político; [...] Esto explica cómo el Islam ha podido traducirse, y sigue traducéndose hoy, en un programa de unificación política y de independencia nacional [...] la revolución llevada a cabo en nombre de los ideales islámicos constituye uno de los mayores fenómenos de nuestra época". (Ambrogio Donini, *Breve storia delle religioni*, Newton Compton, Roma, 1989).

Decía en mi anterior nota sobre Afganistán que la opinión de que los talibanes sean "reaccionarios" ha adquirido, incluso entre la izquierda revolucionaria, la solidez de un prejuicio que no necesita ser demostrado. ¿En qué se basa (consciente o inconscientemente)?

1) en un difuso sentimiento antirreligioso –pero no comunista ni marxista– que denota sumisión al laicismo burgués;

2) sobre el desconocimiento del mundo islámico en general, del islamismo radical en particular, y del papel histórico de algunas de sus múltiples corrientes en la lucha antiimperialista e independentista de los países musulmanes;

3) sobre la idea resumida de que el Islam, el fundamentalismo islámico y la opresión de las mujeres sean sinónimos;

4) sobre el "consenso universal", desde los izquierdistas hasta los movimientistas, de que los talibanes sean la peor versión de esa misoginia básica;

5) en el desconocimiento de la complejidad que caracteriza a la sociedad afgana y del papel histórico desempeñado por los talibanes;

6) por último, pero tal vez el más importante, sobre el desconocimiento de la relevancia del factor nacional en la historia, la importancia de la formación de los estados nacionales y los procesos que conducen a la formación de éstos.

Sin pretender ser un "experto", intenté abordar estos tópicos en mi libro *Revolución islámica y relaciones de clase* (Génova, Graphos, 2006), que desgraciadamente sigue siendo actual en muchos aspectos. En este artículo retomaré (muy sucintamente) lo que escribí entonces sobre los primeros puntos. En los que siguen, retomaré brevemente mi análisis sobre Afganistán y los talibanes, tratando de actualizarlo con los elementos disponibles tras veinte años de presencia occidental.

El despertar islámico

Muchos de nuestros "revolucionarios" occidentales, sin haberlo estudiado a fondo, repiten el famoso aforismo de Marx, según el cual la religión es "el opio de los pueblos", sacando la conclusión de que los comunistas deben tener como tarea inmediata la de extirpar la religión, asumiendo como alfa y omega el laicismo burgués (el mismo, para ser claros, que volviéndose a su vez dogmático quiere, por ejemplo en Francia, obligar por ley a las mujeres islámicas a quitarse el velo). Pero el pobre Marx no tenía nada que ver con esas tonterías radical-burguesas. Para él, *"el reflejo religioso del mundo real sólo puede desaparecer, en general, cuando las relaciones de la vida práctica cotidiana presentan a los hombres día a día relaciones claramente racionales entre ellos y entre ellos y la naturaleza"*¹, es decir en una sociedad socialista. En ausencia de una revolución completa de los medios de producción, y de una liberación de la clase trabajadora de la lucha individual por la existencia y de la tiranía del mercado, como dijo Lenin, *"proclamar como tarea política del partido obrero la guerra a la religión no es más que una frase anarquista"*². Sin detenernos en el asunto, recordemos que Lenin incluso permitió que los sacerdotes se unieran al partido socialdemócrata bajo ciertas condiciones y, más aún, los bolcheviques en el poder decidieron admitir también a los musulmanes como miembros del partido comunista.

Existe una discreta literatura³ sobre las relaciones amistosas y respetuosas de sus creencias religiosas que el poder soviético mantuvo, en los primeros años, con las poblaciones musulmanas incorporadas al antiguo imperio zarista. También está documentado el apoyo a los movimientos nacionalistas islámicos en su lucha contra el imperialismo británico⁴.

*"... apoyamos pacientemente –dijo Zinóviev en el "Congreso de los Pueblos de Oriente" celebrado en Bakú en 1920– a los grupos que aún no están con nosotros y que incluso, en ciertos casos, están en contra nuestra: es el caso, por ejemplo, de Turquía, donde, como saben, el gobierno soviético apoya a Kemal Pasha. [...] El movimiento dirigido por Kemal quiere liberar la "sagrada persona" del califa de las manos de sus enemigos. ¿Es este un punto de vista comunista? No. Pero respetamos el espíritu religioso de las masas y sabemos darles otra educación. [...] Afrontamos con prudencia y precaución las creencias religiosas de las masas trabajadoras de Oriente y de otros países"*⁵.

Que el Islam podía unificar a los pueblos asiáticos en un sentido anticolonial ya había sido dicho por Lenin en 1913 en relación con las *"masas populares de Java"* que luchaban contra Holanda, *"entre las cuales se ha despertado el movimiento nacionalista bajo la bandera del Islam"*⁶. La complejidad de la "cuestión oriental" siguió debatiéndose al punto que se incluyó en el orden del día del IV Congreso de la Internacional Comunista en 1922. En esa ocasión, la condena del panislamismo enunciada en el II Congreso fue criticada por algunos delegados, entre ellos el indonesio Malaka, que sostuvo que el frente antiimperialista en Asia no podía excluir algunos movimientos panislámicos. Las tesis aprobadas decían, entre otras cosas:

"En los países mahometanos, el movimiento nacionalista encontró inicialmente su ideología en los dictados político-religiosos del panislamismo [...]. Sin embargo, a medida que los movimientos de liberación nacional se extienden, los dictados político-religiosos del panislamismo también son

¹ *Il Capitale*, I/1, Roma, Rinascita, 1956, p. 93.

² *L'atteggiamento del partito operaio verso la religione*, in *Opere complete*, vol. 15.

³ Me limito a citar DAVE CROUCH, *Les bolchéviks, l'Islam et la liberté religieuse*, «Socialist Review», December 2003; HÉLÈNE CARRERE D'ENCAUSSE, *Réforme et révolution chez les musulmans de l'empire russe*, Paris, Presse de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1966.

⁴ Alp Yenen, *The other jihad: Enver Pasha, Bolsheviks, and politics of anticolonial Muslim nationalism during the Baku Congress 1920* <https://scholarlypublications.universiteitleiden.nl/access/item%3A2976614/view>

⁵ *L'Internationale Comunista et la libération de l'Orient- Le Premiér Congrès des Peuples de l'Orient- Bakou 1920*, Editions de L'Internationale Comunista- compte rendu stenographique, Feltrinelli reprint, 1967.

⁶ *Il risveglio dell'Asia*, *Opere Complete*, vol. 19

*reemplazados por demandas políticas concretas [...]. La Internacional Comunista, teniendo en cuenta [...] el hecho de que los representantes de la aspiración nacional a la independencia pueden ser de los más diversos orígenes según las diferentes circunstancias históricas, **apoya todo movimiento nacional-revolucionario contra el imperialismo.**"⁷*

Ruego al lector que tenga en cuenta que el movimiento comunista, como he destacado en negrita, "*apoya cualquier movimiento nacional-revolucionario contra el imperialismo*". Volveremos sobre esta afirmación al final de estas páginas.

Vayamos al grano: que la lucha revolucionaria pueda adquirir un carácter religioso, para los marxistas, lejos de ser una blasfemia, es una obviedad: el cristianismo marcó la condena del modo de producción esclavista, Mahoma la rebelión de los beduinos contra el mercantilismo de la Meca, el calvinismo el inicio de la ética capitalista, los puritanos ingleses la primera revolución burguesa de la historia. El protestantismo, el calvinismo y el puritanismo pretendían representar –al igual que el islamismo radical– una vuelta a la pureza religiosa de los orígenes, y cuando se trataba de luchar contra el espectáculo y la música –algo que escandaliza a Salman Rushdie o a las estrellas de Hollywood que se conmueven con las mujeres afganas– Calvino no bromeaba, desde luego (y tampoco los puritanos estadounidenses más recientes, por cierto). ¿Y qué pasa con los cátaros, los husitas y todas las sectas milenarias? ¿No eran fundamentalistas? Claro que no destruyeron las estatuas de Buda, pero incendiaron castillos y monasterios, con sus bibliotecas y las obras de arte que contenían. Y, sin embargo, anunciaron el nacimiento de un nuevo mundo, ciertamente diferente del mundo de la justicia que imaginaban, ya que anunciaron el amanecer de la era burguesa. Pero su fuerza de impacto, a pesar de las muchas derrotas, hizo que el pesado carro de la historia avanzara, aplastando muchos huesos bajo sus despiadadas ruedas.

Otros tiempos, se podrá decir. Para nosotros, sí, pero no para ellos. Ellos, es decir, los "barbudos", los bárbaros. Si los consideramos como tales, ¿por qué no concederles una licencia por los mismos delitos cometidos durante nuestras luchas religiosas? No basta con poseer un smartphone o una bazooka para haber superado las relaciones sociales precapitalistas y preburguesas que impida a la política vestirse con banderas religiosas para movilizar a las masas.

Se necesita toda la islamofobia que nos invade para no entender lo que ciertamente no es una sorpresa para quienes conocen un poco la historia de los países mahometanos; no recordar la larga tradición revolucionaria anticolonialista y antiimperialista del islamismo: olvidar la lucha antiinglesa en Sudán (1881-1899), dirigida por el Mahdi ("el esperado", una especie de mesías) Muhmmad Ahmad con una cofradía paramilitar de tipo religioso extendida sobre todo entre los campesinos; o la iraní de 1891-92, de nuevo contra Inglaterra, también promovida por religiosos: además de los campesinos y el clero, se movían los zocos y bazares arruinados por la competencia occidental. La expresión del antiimperialismo de estas clases "atrasadas" fue al-Afghani (1849-1905), un chiita persa que se declaró afgano suní y teorizó el panislamismo. Y serán los ulemas los que expulsen al Sha y a los americanos con él... Pasando a Argelia, en 1931 se fundó allí la "Asociación de Eruditos Musulmanes" con el lema "El Islam es mi religión, el árabe mi lengua, Argelia mi patria", que se convirtió en un lugar común durante la guerra de liberación nacional contra Francia (por favor, vea la película de Gillo Pontecorvo "La batalla de Argel" para ver si esos combatientes eran o no "terroristas"). Y se podría seguir.

Tampoco se nos deben escapar las razones de la persistencia y el fortalecimiento de las corrientes islámicas antiimperialistas tras el declive y el fracaso del nacionalismo "laico", el nasserismo, el baasismo, etc. Con el declive de este nacionalismo, debilitado con la Unión Soviética estalinizada e

⁷ *Tesi sulla questione orientale*, in Aldo Agosti (a cura di), *La Terza Internazionale Storia documentaria, I, 1919-1923*, Roma, Editori Riuniti, 1974, p. 791.

incapaz de lograr una verdadera modernización, se extendió por todo el mundo islámico, entre artesanos, militares, profesores y el bajo clero, el movimiento de los "Hermanos Musulmanes", fundado en 1928 en Egipto con un programa de rechazo global a todo lo que representa Occidente. Su fundador, Hassan al-Banna (1906-1949), un reformista, afirmaba que el Islam, si era fiel a sus orígenes, tenía en sí mismo la capacidad de afrontar los retos de la modernidad. Pero la mayoría de los miembros de la "Hermandad Musulmana" se remitieron a la doctrina de Sayyid Qutb (1906-1966), precursor de las tendencias más extremistas, que atacó a los regímenes árabes surgidos de la descolonización como impíos y serviles al imperialismo y predicó su derrocamiento. ¿Y no es un movimiento islamista, Hamás, el que –después de la traición de la OLP y de Al-Fatah, y de los vergonzosos acuerdos de Oslo– sigue manteniendo en alto la bandera de la lucha palestina contra el sionismo?

Hay miles de matices en las corrientes del islam en general y del radicalismo islámico en particular, y es absurdo atribuir a toda esta elaboración multiforme el estigma de la conservación, como si todo pudiera equipararse al dogmatismo saudí, puntal de los intereses de emires y jeques de origen "feudal".

Si la religión ha pasado de ser revolucionaria a contrarrevolucionaria en varias ocasiones, no sólo ha existido el proceso inverso, sino que el mismo destino le cabe al llamado "laicismo": un paso adelante en la revolución burguesa europea, puede convertirse en un poderoso freno al progreso histórico donde y cuando, en lugar de ser una elaboración autónoma, ha sido –como es el caso de Afganistán y de muchos otros países– importada o copiada de Occidente, y por tanto representa una forma de colonización cultural y de contención de las energías nacionales de los pueblos emergentes. Así, las posturas occidentalizadoras de muchos gobiernos y de ciertas clases pudientes del Tercer Mundo esconden a menudo burguesías o, peor aún, clanes de compradores mantenidos por las potencias imperialistas, así como la cultura de los hombres con traje y corbata y de las mujeres con el pelo suelto, tacones altos y faldas cortas, no son a veces más que el lubricante cultural del "made in USA", Japón o Alemania, mientras que las exaltaciones religiosas de la pequeña burguesía y el campesinado pueden reflejar, "de forma reaccionaria" parafraseando a Engels, el cemento interclasista de la revolución nacional en la medida en que contrarrestan la traición a la misma por parte de las clases reaccionarias y compradoras prooccidentales.

Detrás del desprecio de muchos supuestos marxistas por las formas ideológicas que expresan los procesos históricos que tienen lugar en el mundo afroasiático, se encuentra en realidad el chovinismo cultural del imperialismo, el servilismo a los valores "seculares" de Occidente y la opinión infantil de que la minifalda es un símbolo de libertad y que todo el mundo debe o puede seguir el mismo camino, hasta que un buen día, con el proletariado en el poder, el mundo tendrá la apariencia familiar de los confines domésticos.

El enjambre de movimientos nacional-religiosos en Oriente Próximo y Asia Central tiene una sólida base social: el campesinado se está desintegrando progresivamente por el desarrollo de una economía mercantil de exportación (monocultivo de algodón en Egipto, dátiles en Irak, por ejemplo). La sobreabundancia de mano de obra resultante, que hace superfluo el uso de máquinas, tiene efectos perversos: obstaculiza el despegue de una industria nacional y de una agricultura moderna; no permite, por tanto, el desarrollo de un verdadero proletariado, salvo localmente, sustituido por un semiproletariado desheredado que deja su lugar en los sectores clave a la mano de obra extranjera más calificada; por otra parte, la industria petrolera, la más avanzada, necesita muy pocos trabajadores, y éstos suelen ser extranjeros. La pequeña y mediana burguesía urbana cae en la ruina: su comercio y su artesanía ceden ante la afluencia de grandes capitales extranjeros (préstamos, etc.) y la invasión de productos en serie de la industria occidental. Los funcionarios y técnicos subalternos y menos formados se encuentran sometidos en todas partes a las nuevas clases compradoras, cuando no directamente subordinados a directivos o personal especializado extranjeros. La cultura nacional,

al igual que la economía, está asfixiada por la influencia occidental, "laica" y liberal: Los jeques y los janés se visten cada vez más a la moda occidental, y sus vástagos pasan su juventud en el extranjero estudiando en universidades americanas o europeas, dominan el idioma de los "neocolonizadores", compran todoterrenos Toyota y BMW, llevan Rolex y Raybans, fuman Marlboros, adoran a Van Gogh y Picasso, van de vacaciones a París, Suiza o Londres, compran en Armani. Y lo que es más importante, debido a su cultura superior, se hacen con todos los puestos importantes. Incluso sus mujeres no sólo llevan faldas o pantalones cortos, se maquillan los ojos y la boca como sus amigas de Nueva York o Berlín, sino que a su vez, educadas a la manera occidental, penetran en los escalones medios y altos de la administración y los servicios del Estado. En una palabra, mientras los intelectuales pequeñoburgueses, educados en las escuelas locales, en manos de los religiosos, peleados con el inglés y el francés, socialmente desclasados, ven en la cultura y los valores de Occidente el nuevo Satán y vuelven al Islam contra los impíos (hombres y mujeres emancipados que los aplastan), en los bazares y zocos se acumula un odio sordo a las mercancías occidentales. Por diversas razones, todas estas clases, desde el campesino hasta el obrero todavía semiproletario, pasando por el comerciante y el intelectual (y entre los intelectuales, los más numerosos y representativos, los miembros del clero) encuentran así en la reivindicación del Islam, en el odio hacia Occidente y en la cruzada contra su longa manus israelí, un terreno de convergencia y un programa que los separa de las oligarquías dominantes. Es una mezcla contradictoria de reivindicaciones radicales y reaccionarias. Pero es una mezcla explosiva y, durante décadas, ha sido más o menos la única que ha hecho temblar a los imperialistas y a los potentados locales.

Recordemos las palabras de Marx: no es importante lo que una clase piensa de sí misma, sino lo que se verá obligada a hacer. Por extensión podemos decir: no importa si el islamismo se engaña a sí mismo pensando que está volviendo a sus orígenes, este no será el resultado de los movimientos que los convocan. Irán demuestra que la teocracia no ha impedido, sino que ha favorecido, no sólo el desarrollo económico, no sólo la dialéctica política (en Irán se vota, se discute, hay facciones políticas –más o menos rigurosas, o "liberales"– que compiten por el poder, algo impensable en tiempos del Sha), sino que incluso la condición de la mujer, a pesar del chador, ha mejorado considerablemente: el número de hijos por mujer ha bajado a niveles occidentales, más de la mitad de los estudiantes son mujeres, las mujeres trabajan, etc. En otras palabras, el país, tras independizarse, se ha aburguesado.

Que sean élites como Bin Laden, vástago de una aristocracia ya no sólo parasitaria, ya no sólo vinculada a las rentas del petróleo, sino a la inversión de capital productivo y a las finanzas internacionales, las que se mueven; que sean guerrilleros como los miembros de las fracciones armadas palestinas ya no controladas por notables como Arafat y la vieja burguesía compradora, corrupta y comprometida con Occidente y con el propio Estado de Israel; tanto si se trata de intelectuales islamistas como de militantes de los movimientos fundamentalistas que crecen en torno a las mezquitas de las comunidades musulmanas de Europa y Estados Unidos, está claro que no estamos ante un fenómeno marginal, sino ante un conjunto articulado de trayectorias sociales y políticas que, en cualquier caso, con todo su carácter contradictorio, muestran que el mundo árabe e islámico, tras la ola nacionalista posterior a la Segunda Guerra Mundial, tras la nacionalización del Canal de Suez, el panarabismo de Nasser y la guerra de liberación de Argelia, vuelve a verse sacudido por presiones subversivas. Estos impulsos, aunque a menudo se encarnan en movimientos que siguen siendo minoritarios, gozan sin embargo de un amplio consenso por parte de las masas que, a su vez, en las últimas décadas, a partir más o menos de la "revolución" iraní, han hecho sentir su peso en varias ocasiones: desde las revueltas del pan en Siria, Egipto, Líbano y Argelia, hasta la Intifada, los disturbios islámicos y de la Cabília, a las "primaveras árabes".

Las profundas diferencias de desarrollo económico y social marcan este vasto mundo, que está lejos de haber madurado en el sentido capitalista. Sin embargo, además de la referencia al Islam –que no

es unívoco, sino que está marcado por las divisiones, la existencia de sectas e incluso de tendencias opuestas—, esta inmensa zona, que comprende cientos de millones de personas, está unida por la opresión imperialista. Las distintas clases y estratos responden a ello de manera diferente, según el marco social más o menos avanzado de uno u otro país. Por un lado, está la vieja aristocracia burguesa, ya no sólo receptora de rentas, sino de beneficios del capital productivo, que, al igual que Al Qaeda, prefiere la acción de grupos organizados, incluso comprometidos en el pasado, en Afganistán y los Balcanes, con los servicios secretos estadounidenses, relegando a un segundo plano a las masas desheredadas, cuyo movimiento autónomo teme. Por otro lado, tenemos los movimientos pequeñoburgueses o plebeyos, que se expresan en mártires que se inmolan o en levantamientos como las revueltas del pan. Por otro lado, los movimientos, como el "Estado Islámico", que no tienen ningún programa de avance social en mente, pero que sin embargo cuestionan las fronteras impuestas por el colonialismo y se alzan en armas contra todo el statu quo.

Todos estos componentes no son más que la expresión de un despertar nacional general en el mundo árabe e islámico: un despertar contradictorio, en el que las diferentes clases sociales —algunas vinculadas al pasado precapitalista, otras que miran hacia el futuro burgués y capitalista— entran no sólo a luchar contra el neocolonialismo y el imperialismo, sino entre sí; pero son precisamente estas contradicciones las que reflejan la amplitud y la riqueza del proceso.

Sólo en este marco global y a largo plazo deben estudiarse e interpretarse movimientos tan indigestos para nuestros izquierdistas como los talibanes de Afganistán. Trataremos de hacerlo en los siguientes artículos.

El papel de la cuestión nacional en la historia

Dije al principio que se tuvieran en cuenta estas palabras del IV Congreso de la Comintern relativas precisamente a los movimientos islamistas de la época: el movimiento comunista "*apoya todo movimiento nacional-revolucionario contra el imperialismo*".

Existe una gran confusión, incluso en la extrema izquierda, entre *la revolución democrático-burguesa y la formación del Estado nacional*. En los siglos XIX y XX, es cierto, los dos procesos viajaron a menudo en paralelo: la independencia italiana y la reunificación alemana, por muy moderadas que fueran, estuvieron acompañadas, si no por la introducción de la democracia, al menos por la introducción de constituciones liberales. Análogamente, tras la Segunda Guerra Mundial, la "descolonización" supuso la introducción de medidas y reformas democrático-burguesas más o menos radicales en las antiguas colonias. Pero revolución burguesa, formación del Estado-nación y guerra de independencia nacional *no coinciden necesariamente*: Francia y España eran estados y naciones independientes mucho antes de que se produjera en ellas la revolución burguesa. Lo mismo puede decirse de China, que cayó luego bajo el yugo del imperialismo.

En Europa, el proceso de formación del Estado moderno coincidió inicialmente con el establecimiento del absolutismo monárquico frente al particularismo feudal y continuó con el sometimiento de la nobleza a la corona. Se trata de un proceso de guerras, incluidas las dinásticas y religiosas, que comienza al menos en el siglo XIV y termina en el XX. También es un proceso inacabado, ya que los Balcanes y Europa Central y Oriental están lejos de una solución ideal. Fuera del "viejo continente", la guerra de liberación de Etiopía del colonialismo italiano fue llevada a cabo por el Negus Neghesti ("rey de reyes") Haile Selassie, y la unificación e independencia de Arabia Saudí fue llevada a cabo por las clases aristocráticas y las tribus, de las que deriva la rebelión árabe contra el Imperio Otomano, apoyada por los británicos.

Este puñado de ejemplos sirve para indicar la variedad y la complejidad de los procesos de formación de los Estados-nación, que en muchas zonas del mundo todavía están incompletos, sobre todo allí donde –como en Oriente Medio, por ejemplo– el colonialismo y el imperialismo han impuesto fronteras ficticias dentro de las cuales los grupos étnicos y religiosos en conflicto están condenados a una coexistencia precaria. Los comunistas, por supuesto, abogan por las soluciones más radicales y democráticas de la cuestión nacional, y siempre que sea posible una solución proletaria, como en la Rusia zarista con su acumulación de problemas nacionales no resueltos. Por lo tanto, se reservan el derecho a criticar y luchar contra los componentes más atrasados del movimiento nacionalista. Pero no cierran los ojos al hecho de que, *sea como sea*, la independencia nacional y la formación del Estado-nación (que, repetimos, no son lo mismo) *son logros históricos "progresistas"*.

*"La dominación extranjera bloquea el libre desarrollo de las fuerzas económicas. Por eso su destrucción es el primer paso de la revolución en las colonias: por eso la ayuda prestada a la destrucción de la dominación extranjera en las colonias no es, en realidad, una ayuda al movimiento nacionalista de la burguesía nativa, sino la apertura del camino para el proletariado oprimido."*⁸

La independencia es un requisito indispensable para la formación –incluso en un futuro lejano– de un Estado nacional, un mercado nacional, una nación moderna y, por tanto, del proletariado moderno. Incluso cuando la eliminación del yugo extranjero se consigue por fuerzas sociales y políticas que aparecen o están vinculadas al pasado, se rompe uno de los principales obstáculos a la modernización. Si los pasos de la modernización se dan "desde arriba", a la manera de Bismarck o del zar Alejandro II, o desde abajo, como en la "gran revolución" francesa o la "revolución" rusa, o una combinación de ambas, será la historia a decidirlo. "Una nación, un Estado" y "la autodeterminación de las naciones", como Lenin no se cansaría de reiterar, son también directivas estratégicas proletarias.

El movimiento proletario occidental ha tenido y tiene grandes dificultades para comprender plenamente el papel de las cuestiones nacionales en el mundo contemporáneo. Podemos citar a este respecto los debates en el seno de los bolcheviques, donde la tendencia del "economismo imperialista" (Radek, Bucharin, etc.) negó entre las dos revoluciones rusas la importancia del factor nacional en Europa (una posición similar fue adoptada por Rosa Luxemburgo), estando Lenin en el lado opuesto. En nuestro caso, la postura ante la cuestión afgana, se asemeja más a la actitud, presente en el movimiento socialista de la II Internacional, de negar el apoyo de la clase obrera de los países avanzados a los movimientos "bárbaros" de resistencia a la penetración colonial, considerada esta última como históricamente progresista.

No hubo falta de solidaridad con las luchas y guerras de liberación después de la Segunda Guerra Mundial, pero se basó en un malentendido: la idea de que ellas (como la cubana, la china y la vietnamita, por ejemplo) eran "socialistas" y no, como de hecho eran, movimientos democrático-burgueses que luchaban por establecer, no un imposible "socialismo en un solo país", sino un capitalismo nacional autónomo. En cambio, faltó apoyo cuando, como en el caso de la instauración

⁸ La versión izquierdista de la conspiración (que en otro lugar hemos llamado "cherchez la CIA") atribuye todos los acontecimientos del mundo a la intervención encubierta de los todopoderosos servicios secretos estadounidenses (y del Mossad). Esto adquiere a menudo aspectos surrealistas, como cuando, en el mismo momento en que Washington estaba en guerra con el Estado Islámico sirio-iraquí, seguían insistiendo en el hecho de que los "degolladores" del ISIS no eran más que una creación de la CIA. Esto ya empieza a ser así en Afganistán, con el florecimiento de diatologías paradójicas según las cuales, por ejemplo, es el propio EEUU el que ha querido secretamente que ganen los talibanes (la prueba es la liberación del jefe de los negociadores talibanes en Doha, Abdul Ghani Baradar). Curiosamente, los kurdos sirios son absueltos de esta condena universal de connivencia maligna con los 'americanos'... Se dice que de algún lado tenían que sacar las armas... Pero claro, nos olvidábamos de que en la Rojava, bajo el paraguas del presidente Assad, está en marcha un experimento de 'socialismo en una sola provincia'...

de la República Islámica en Irán, hubo que hacer frente a la ola de resurgimiento islamista antes mencionada. En cuanto a la lucha por la liberación de Afganistán contra la ocupación rusa, si bien fue aplaudida por los partidarios de la política estadounidense de freno de la URSS, no suscitó la menor simpatía de la izquierda, por un lado porque se luchaba contra un país autodenominado "socialista", por otro, porque la mayoría de los muyahidines se remitían al Islam y se oponían a las reformas modernistas introducidas por el gobierno pro-ruso (incluida la protección de los derechos de las mujeres), y además porque estaban financiados y armados por los "amerikanos" (con "k"). La aversión de la izquierda a la guerra de independencia nacional afgana no cambió, y de hecho se agravó aún más con la llegada de los talibanes al poder y durante su lucha contra la intervención occidental, y no ha cesado hasta hoy.

Aunque se disfrace de motivos nobles, como la defensa de los derechos de las mujeres amenazados por los talibanes, es una postura chovinista.

En las siguientes notas –que abordarán la posición de los talibanes en las cuestiones nacional, agraria, de derechos de la mujer y otras– propondré una lectura " progresista" de su papel histórico general.